Pilar Fraile

LA ERA DE LA IGUANA

LA MISTRAL

PRIMER COMUNICADO

Tres meses después del evento cero

Los fragmentos sobrevuelan el ciberespacio, reverberan en nuestros servidores.

Hemos intentado borrarlos para preservar el derecho a la intimidad de los interrogatorios, pero parecen tener una textura más gruesa que otros fragmentos de texto, se adhieren, vuelven a aparecer.

Dicen que podrían acelerar el contagio, nuestros test lo desmienten. Léanlos, regresen a ellos, tal vez quien los desentrañe descubra el origen del Acontecimiento.

Si saben de alguna pista, acudan a nosotros.

Nuestros canales permanecen a la escucha.

EL EVENTO CERO

Fragmento 1. Jules

Los ojos dejaban de ser ojos, y las manos de ser manos. Podías notar como cada miembro, brazo, pierna, mente se fundía con el resto dando lugar a un mecanismo con un único objetivo: cumplir con las tareas asignadas.

No, no creo que esta transformación se produjese únicamente por los movimientos mecánicos, estábamos imbuidos de algo más que no alcanzo a nombrar. ¿Alucinación? Quizá. Es posible que el olor tuviera que ver.

Era, ¿cómo describirlo?, una mezcla de desinfectante, notas florales y un regusto a golosina, como el de las gominolas de colores, y provocaba una sensación de juguete nuevo; era un olor que te hacía sentir que estabas en casa. Aunque lo que nos subyugaba era el conjunto, el aroma, sí, pero también la presencia de la «ε» de la compañía en todos los elementos que manejábamos, incluso en la pegatina de sellado, el ruido de las cintas transportadoras mezclado con el de los carritos y los zapatos de los *pickers,* que caminaban arriba y abajo, y la luz, ese manto blanquecino, suficiente para trabajar, pero insuficiente para ver en la distancia.

De la combinación de estos elementos emanaba algo más intangible, una idea, o más bien una creencia.

La idea, en sus distintas versiones, se repetía en todos los canales: nos la inculcaban en el curso de formación, en los mensajes constantes de los supervisores, en los discursos de Jia Li…, en las campañas publicitarias que se pasaban en bucle en la pantalla central del almacén.

Yo me resistía a creer en ella. Me concentraba en preparar los paquetes que se me asignaban y aguantar el tipo. Los discursos de los mánagers me recordaban el soniquete de siempre: «Nuestra empresa es la mejor y sois unos suertudos por haber sido contratados». Aunque al cabo de unos días…, no sé muy bien cómo explicarlo, contra una idea uno puede luchar pero ¿cómo sustraerse de todos esos elementos? La mente no es tan poderosa, en especial si está aplicada al mismo movimiento, la repetición te lleva a la creencia, no sé cómo funciona exactamente, pero juraría que es así.

Fragmento 1. Zoe

Vine aquí desde muy lejos. En mi tierra no hay más que sudor y moscas.

Un par de vaqueros, una cazadora vieja, y la voz de mi madre diciéndome: «Adónde vas a ir tú sola». Eso es lo que tenía cuando llegué. Así que presté atención, empaqueté más rápido que nadie, atendí el chat, posteé las cosas importantes, tampoco es tan difícil.

«Si quieres, puedes». Lo primero que hice cuando conseguí un apartamento fue imprimir esa frase en un cartel de cincuenta por uno y colgarlo en mi comedor.

Fragmento 1. Jia Li

Lamento decirte que no puedo comentar sucesos que impliquen violencia o daño a seres humanos. Por favor, proporciona un tema diferente y estaré feliz de escribir una historia para ti. Epsilon está aquí para ayudarte. Entre todos conseguiremos la conectividad total.

Fragmento 2. Jules

Para entender qué le ocurrió a Milo hay que comprendernos a nosotros y para comprendernos a nosotros… Voy a probar a explicarlo de otro modo. Imaginen que se han hecho un corte en el dedo corazón al picar tomate para la ensalada. Primero rechazan el dolor, se miran el corte y piensan: «¿Qué hace eso ahí?». Pero unas horas más tarde o al día siguiente, cuando el Betadine parece un tatuaje, la herida forma parte de ustedes, la acarician y sienten cierto placer en hacerlo. Algo así es lo que nos pasó.

Ya, ya sé que ustedes quieren un registro claro de los hechos, nos lo han repetido mil veces; eso no es tan sencillo. A veces un simple rasguño acaba derivando en otra cosa, puede que esa ensalada que ni siquiera les apetecía comer, pero que iban a tomar de todas formas, porque querían mejorar su dieta, acabe siendo la culpable de la herida por la que penetra en su torrente sanguíneo la neurotoxina del tétanos, y luego la parálisis, los temblores. O puede que esa ensalada no fuera sino una comida más, un hecho sin peso específico, como el resto de los hechos que no imprimen marca visible. Pero incluso esos eventos sencillos dejan una estela.

Milo, con el tiempo he llegado a esta conclusión, era el más sensible a los pequeños hechos, a su rastro imperceptible, y por eso él fue el primero en mostrar los síntomas. Podría ser, ¿verdad?

Fragmento 1. Doble V

Nuestro trabajo como supervisores consistía en observar y anotar todos los movimientos de los asociados de Epsilon. Estábamos atentos a cualquier cambio de hábitos, si se quitaban el chaleco a menudo, cuántas veces iban al baño, las palabras que usaban con más frecuencia en los chats.

El objetivo era descubrir por qué su *performance* era más eficiente. Le proporcionábamos los datos a Jia Li. Ella los organizaba y nos devolvía los patrones que se usaban para mejorar día a día. Se trataba de inducir esos patrones de comportamiento en los asociados. La teoría que guiaba nuestro cometido era sencilla: el cambio de hábitos conduciría por sí solo a la mejora de la producción sin que ellos apenas lo percibiesen.

Para fijar los patrones de comportamiento más deseables en los asociados Jia Li creó un sistema de insignias. Estas se hacían públicas al final de cada jornada en el chat de empleados junto con las felicitaciones personalizadas de Jia Li. Este método resultó muy efectivo, sí.

Como medida de refuerzo y sellado de comportamiento se estableció que un número específico de insignias se traducía además en un incremento de salario. La cifra necesaria para las subidas de honorarios variaba según las instrucciones de Li, de modo que hoy podías conseguir tu

aumento con tres insignias, pero mañana podían ser necesarias dos, o cinco.

Los asociados respondían muy bien. Desde que se abrió el almacén hasta el incidente, nuestra productividad se había disparado un 30 %. Supongo que, visto desde fuera, este crecimiento parecerá óptimo, pero no era así para Epsilon, el objetivo que nos habían fijado era optimizar los procesos hasta que fueran tres veces más rápidos.

En Mihail López Milokoievic detectamos enseguida cierta incapacidad para cambiar de hábitos.

Lo interpretamos como una anomalía, una rara desviación de la norma. Nada hacía presagiar lo que vino después.

No, no me parecía pedir demasiado de ellos. A nosotros se nos exigía mucho más. Desde la primera reunión de *management* nos dejaron claro que, si pensábamos que nuestra jornada laboral iba a ser de nueve a seis, sería mejor que nos marcháramos.

Era brutal. Se acabaron las tardes y los fines de semana, tenías que estar veinticuatro horas pendiente del chat, de las *performances* de tu equipo, de las estrategias de superación. Si alguien, otro mánager, un jefe de *management,* o cualquier otro cargo de Epsilon, te escribía un mensaje, se daba por hecho que contestarías, a la hora que fuera y el día que fuera.

El trabajo era así.

Fragmento 2. Zoe

Milo me pareció raro desde el inicio. Pero eso ya lo he dicho, ¿verdad? Discúlpenme, no sé qué me pasa. Desde que acepté la conectividad total, se me antoja que todo sucede a

la vez, me cuesta distinguir el pasado del presente. Es un efecto pasajero, creo, o tal vez no, quizá ahora somos así, evolucionar tiene un precio, ¿verdad?

Hay gente que no se adapta. Es una pena pero ¿qué puedes hacer? Jamás habría entrado en contacto con Milo de no haber sido por Jules. Y lo de Jules en realidad también fue un error. No sé qué pudo pasarme. Me sentía sola cuando llegué, supongo, y él desprendía ese aire de suficiencia, como si lo supiera todo. Claro que no era más que una fachada, pues lo que creía conocer lo había sacado de esos cómics extraños que leía.

Fragmento 2. Jia Li

A esa pregunta sí puedo responderle, las partes de un relato en el que un empleado sufre una depresión son:

Parte 1: introducción

- Presentación del personaje principal (el empleado) y su entorno laboral.
- Descripción de la empresa y su cultura laboral.

Parte 2: los primeros indicios

- Descripción de los primeros signos de depresión en el empleado.
- Detalles de cómo sus amigos en el trabajo notan cambios en su comportamiento y estado de ánimo.

Parte 3: la confrontación

- Narración de cómo los amigos del empleado deciden hablar con él sobre sus preocupaciones.

- Inclusión de declaraciones de los amigos sobre lo que observan y cómo se sienten al respecto.

Parte 4: los jefes toman nota
- Descripción de cómo los superiores del empleado comienzan a notar su disminución en el rendimiento.
- Inclusión de declaraciones de los jefes de la empresa sobre sus observaciones y preocupaciones.

Parte 5: la búsqueda de ayuda
- Narración de cómo el empleado finalmente reconoce su depresión y busca ayuda profesional.
- Inclusión de declaraciones del empleado sobre su experiencia y su decisión de buscar tratamiento.

Parte 6: el apoyo de la empresa
- Descripción de cómo la empresa decide apoyar al empleado en su proceso de recuperación.
- Inclusión de declaraciones de los responsables de la empresa sobre su compromiso con la salud mental de los empleados.

Parte 7: el camino hacia la recuperación
- Narración de la evolución del empleado a medida que trabaja en su recuperación.
- Inclusión de declaraciones de amigos y jefes sobre el progreso y la importancia del apoyo continuo.

Parte 8: reflexión y conclusión
- Reflexiones finales del empleado sobre su experiencia y el apoyo recibido.

- Mensajes finales de los amigos y jefes sobre la importancia de abordar la salud mental en el lugar de trabajo.

Esta estructura permitiría desarrollar una historia que aborde de manera sensible y realista la depresión de un empleado y cómo su entorno laboral reacciona y brinda apoyo durante su proceso de recuperación.

Para responder verazmente a su pregunta le diré que esos no fueron los pasos que seguimos exactamente, sino una variación. La lógica dicta que la historia general no es más que un marco que hay que adaptar a las circunstancias. El empleado Milokoievic presentaba una baja ratio de *performance.* Ese fue el indicio que nosotros detectamos.

¿Nosotros? Epsilon, claro.

Epsilon, nosotros, yo, no llegamos a poner en marcha los diez pasos porque de los síntomas de la depresión, a los que siempre estamos muy atentos:

– Persistente estado de ánimo triste, pleno de ansiedad o «sin sentido».
– Cambios en los hábitos de sueño.
– Reducción del apetito y pérdida de peso o aumento del apetito y aumento de peso.
– Insatisfacción y desinterés por actividades que antes disfrutaba, incluyendo el sexo.
– Inquietud, irritabilidad.
– Síntomas físicos persistentes que no responden a tratamiento, tal como dolor crónico o trastornos digestivos.
– Dificultad para concentrarse en el trabajo o la escuela, o dificultad para recordar cosas o tomar decisiones.
– Fatiga o pérdida de energía.

– Sentimientos de culpa, desesperanza o inutilidad.
– Pensamientos de suicidio o muerte.

De estos síntomas, en el empleado Milokoievic solo pudimos percibir la baja *performance* en el trabajo y una leve pérdida de energía asociada. Debemos puntualizar que comía más que la media. Nuestros registros arrojan la siguiente información: el empleado tomaba al menos un delicioso plato de nuestros espaguetis a la carbonara al día más un zumo energético y, de acuerdo con la información recabada en redes, tampoco se privaba de un buen desayuno con cereales ni de su porción de *pizza* para cenar. Por otra parte, para considerarse que el empleado sufre cierto riesgo, debe cumplir con, al menos, seis de los diez puntos y, de nuevo, a juzgar por sus posteos, no se halló que cumpliese más que, a lo sumo, dos de estos puntos.

Por ese motivo Epsilon juzgó, y nuestro juicio aquí alcanza una ratio de acierto del 97 %, que el empleado simplemente no estaba interesado en la compañía y se determinó ofrecerle la salida de la empresa, la mejor opción en su situación, según nuestras estadísticas.

Epsilon cuida de ti, Epsilon cuida de sus empleados.

Fragmento 3. Jules

El problema no era el peso, sino abarcar el objeto. Si te tocaban más de tres paquetes seguidos de calibre cinco, no había quien te librara de los calambres en las manos, una sensación espantosa, como si los dedos fueran a separarse del cuerpo. Con más tiempo aquellas tareas tal vez

podrían haber resultado soportables, pero no podías dedicarle más de treinta segundos a cada objeto fuera cual fuese su tamaño.

Al cabo de cuatro o cinco días, las manos empezaban a amoldarse a todo aquello. Aunque no, déjenme que sea preciso, ¿es lo que quieren, verdad? Lo que ocurría no era que las manos se adaptasen, más bien se fundían con los paquetes, al igual que los ojos, hasta que lo único que entraba en tu campo de visión era el próximo objeto; mientras eso sucedía, tu mente calculaba sus dimensiones y los movimientos necesarios para que el tránsito por tus manos fuera más efectivo. Sí, diría que eso era lo que pasaba. Nuestros cuerpos empezaron a sufrir una metamorfosis, ya no teníamos cuerpos, sino cuerpo-objeto, cuerpo-paquete, cuerpo-garra… Algo así.

Es posible que eso explique el Acontecimiento. Sí, podría ser.

Fragmento 3. Zoe

Tuve dolores como todos mis compañeros. Las manos se me despellejaban, casi no podía caminar, los talones me ardían, pero cualquier trabajo implica sus sacrificios, ¿no?

Aquella tensión generalizada en los músculos era necesaria, era buena, incluso, me parece, ¿o es que alguien puede dar un gran salto sin llevar al límite su cuerpo?

Claro que por aquellos días hubiera soportado cualquier cosa, nadie había creído en mí hasta aquel momento, ¿entienden?

Lo único que yo quería era pertenecer a Epsilon.

Fragmento 4. Jules

Por algún motivo la compañía había preferido instalar luces fluorescentes descomunales en vez de aprovechar la luz natural. Aparte de eso, poco más se puede añadir: los noventa y dos mil metros cuadrados del centro logístico eran una especie de contenedor que parecía flotar en medio del vacío.

Solo había líneas rectas allí dentro, las de las paredes y los techos, las de las miles y miles de estanterías y las de las líneas de empaquetado y envío. Sí, diría que era una experiencia extrema pasar en el almacén ocho o diez horas seguidas.

Al principio era como entrar en un sueño, al cabo de unos días era el resto de la realidad lo que se desvanecía.

Fragmento 4. Zoe

Jules quería absorberme, consumirme, quería mi sustancia, y ¿qué iba a darme a cambio? Nada. Sin embargo Epsilon, no digo que no use mi energía, pero miren cuánto he recibido a cambio: mi casa, Valentina y, sobre todo, la posibilidad de mejorar.

¿Quién ha dicho que Epsilon es responsable de lo que pasó con Milo? ¿Jules, verdad? Tiene teorías para todo. Sus ideas tienen la misma credibilidad que esas historias tontas suyas de Mr. Lean que se ha empeñado en compartir por ahí. Se imagina cosas absurdas, es lo único que sabe hacer. Epsilon solo desea que evolucionemos, es su único objetivo.

Fragmento 5. Jules

Fue la fiebre la que me llevó a Zoe.

Sí, me gustaba, pero creo que ahora, sin la fiebre, no me hubiera atrevido a aproximarme a ella. Y si no me hubiera acercado, ella no me habría abandonado por Doble V, y, si eso no hubiera sucedido, yo no habría recurrido a Sauro, y si no lo hubiera hecho, Milo no habría conseguido el cuchillo de caza, y sin el cuchillo… tal vez las cosas habrían sido distintas…

Claro que yo no hubiera tenido fiebre si las ratas no hubieran aparecido… ¿Las había en otras ciudades? Quizá eso podría explicar algo… Supongo que ya lo han investigado…

Fragmento 2. Doble V

Mis compañeros lloran a menudo en las reuniones de *coaching* para mánagers, es cierto. Yo también lo he hecho. Soportamos mucha presión. Los objetivos de Epsilon se modifican cada día. Es imposible saber lo que se va a exigir de ti la jornada siguiente. Además de coordinar a tu equipo y mejorar su productividad hasta el nivel fijado, te pueden exigir revisar los diseños de los paquetes, gestionar los envíos de cierta zona que no están siendo suficientemente rápidos, incluso mandar cartas de despido a algunos *riders* o supervisar la apertura de una planta nueva a diez mil kilómetros de donde te encuentras. Es brutal.

Algunos no lo aguantan. Pero ¿cuál es la alternativa?

Fragmento 6. Jules

Cuando las primeras ratas aparecieron en el edificio de mamá llamamos a los exterminadores. En aquel momento ignorábamos lo que se avecinaba, así que, cuando llegó el informe asegurando que las nuestras «presentaban una mutación que les permitía reproducirse tres veces más rápido que los ejemplares comunes», no le dimos importancia. Lo que creímos, o al menos lo que yo creí, porque mamá había empezado con su zumbido, era que la empresa quería cobrarnos más por el trabajo. Siempre que hay seguros de por medio intentan estrategias similares.

Una vez realizada la desratización, recibimos otro informe. Sostenían que la virulencia de la plaga y sus particularidades eran resultado de la anómala situación meteorológica. Es cierto que el calor fue tan desorbitado aquellos días de mayo que cuando uno salía a la calle daba la sensación de haberse metido en uno de esos secadores que usaban en la peluquería de mamá. Caminar más de cien o doscientos metros se hizo insufrible, las suelas de las zapatillas se deformaban y recurrir a los autobuses, que no tenían permitido encender el aire acondicionado hasta junio, no mejoraba mucho la perspectiva: el hedor invadía el cubículo y las ventanillas superiores, las únicas que podían abrirse, no eran suficientes para oxigenar el espacio.

No sabría decir si las ratas fueron el detonante del Acontecimiento, lo único que puedo asegurar es que por aquellos días, unas semanas antes de que las cosas se dispararan, empezaron a surgir por todas partes. Salían de los contenedores de basura, que el ayuntamiento llevaba

años prometiendo soterrar, saltaban detrás de cualquier esquina y, una semana después de la desratización del edificio de mamá, habían invadido infinidad de bloques de viviendas.

Cuando plagaron el mío, empezaron los agobios. Las casas de mi bloque son de alquiler y el dueño está demasiado preocupado haciendo pasta por ahí como para perder el tiempo con asuntos de seguridad e higiene. Le escribí un *mail* en nombre de los vecinos y respondió con malos modos asegurando que la culpa de la infestación era nuestra por dejar restos de comida en los espacios comunes.

Acudí a mi madre, supongo que porque no había nadie más a quien llamar, Leroy estaba tan tieso como yo, y en ese momento, me pareció la única opción.

Fragmento 5. Zoe

Su cuerpo restregándose, no sé. Es algo que de pronto me resultó asqueroso.

Fragmento 3. Jia Li

Todos nuestros asociados, al firmar el documento de vinculación con Epsilon, aceptan las siguientes pólizas:

1. «Denunciar cualquier conflicto de interés en las relaciones románticas en las que haya relaciones jerárquicas».

2. «Divulgar cualquier relación romántica y sexual entre ellos».

Siempre hacia la transparencia y la conectividad.

Satisfecha de haber podido ser de ayuda.

Fragmento 7. Jules

Noté un pinchazo por encima del tobillo derecho. Me agaché instintivamente y, al hacerlo, logré distinguir una rata que huía hacia el cuarto de la limpieza y se colaba por la puerta del sótano. Era enorme, de un marrón oscuro y una cola con anillas blancas y negras. Se quedó asomando un segundo por la puerta y luego desapareció.

Creí que la mordedura apenas había atravesado el pantalón, pero en cuanto vi la mancha que la sangre había formado en la tela, comprendí que había alcanzado la carne de lleno. Las piernas me flaquearon, tuve que agarrarme a la barandilla de la escalera para evitar caerme. Conseguí poner las manos en los escalones antes de chocar contra el suelo y, una vez apoyado, empecé a respirar despacio como me había enseñado la psicóloga.

No funcionó. Me sentía más y más mareado y sin fuerza para subir las escaleras. Esperé cosa de cinco o diez minutos a ver si pasaba algún vecino. No entró nadie. La sangre había cubierto ya la zona baja de la pernera, era increíble cómo brotaba.

Me arrastré escaleras arriba ayudándome de los brazos. Cuando entré en casa me quité los vaqueros y me metí en la ducha. Tenía dos marcas no muy grandes, como si me